

JOSÉ MANUEL, UN AMIGO

Por Juan Teruel

Es muy difícil. Escribir sobre José Manuel Román es de lo más difícil que se me ha presentado. Tampoco es que yo sea un as de la escritura, por supuesto. Pero es que seleccionar ideas sobre una persona de la que tengo tantos motivos para rellenar un montón de páginas se me hace muy cuesta arriba. Y, encima, me imponen un cortísimo espacio. Hubiera sido mejor hacer un esquema y tal vez. Pero tengo que hacerlo.

Lo conocí en La Voz de Almería hace la tira de años. Desde entonces cuento con su cariño y con su disponibilidad. También con su benevolencia, que pasa por alto mis impertinencias. Pero nuestra amistad se hizo grandiosa en los últimos años gracias a su excepcional entrega a la Asociación de la Prensa de Almería. Ahí es donde se me ha revelado como una persona carente de ego, como un amigo incondicional que ha estado más por celebrar los triunfos de otros que por preocuparse de su proyección.

Sin embargo, dudo de que haya un solo periodista español que no lo conozca. A nivel de directivos, ha ayudado a muchos a orientar adecuadamente sus actuaciones. Sus opiniones han sido, no ya respetadas, sino solicitadas por las Direcciones nacional y regional.

Si yo tuviera que definir el perfil del amigo perfecto, José Manuel Román sería mi referencia. Dudo de que haya alguien que sea capaz de celebrar más el éxito de un compañero que José Manuel. Y no es que no haya sabido ver mis fallos cuando los he cometido, ni dejado de exponer sus argumentos cuando no me han favorecido. Porque él es un hombre comprometido con lo pertinente y lo sensato. Es eso que se dice –él lo es en una forma exponencial- una persona íntegra Pero José Manuel es más que un amigo y una persona comprometida con su función. Es, también, un trabajador fuera de lo común. Incluso cuando decía no estar, allí podías encontrarlo trabajando. Nadie logrará acercarse a un nivel de entrega a sus compañeros como el que él ha demostrado. Porque todo lo hacía en beneficio de otros.

Y, un día, resulta que Román se jubila. No es que se vaya, porque personas así no pueden desaparecer del todo. Pero ha decidido acogerse a la ley general de cesar en el trabajo. Y, por supuesto, se lo ha ganado de sobra.

Solamente espero poder encontrarlo por el Paseo o por la Rambla. Para invitarlo a una cerveza o a un café. Para charlar. Para abrazarlo con la alegría y el reconocimiento de que quien se ha beneficiado largamente de su dedicación y de su afecto. Será entonces el momento de decirle:
Gracias, amigo, por haberlo sido.

